



En esta carta, escrita hacia el final de su vida estando en América, Don Orione exhorta a sus religiosos a confiar en Dios, a ponerse en sus manos y a vivir con amor las dificultades. Don Orione señala además como esa confianza lo ha llevado a abrir sus brazos a los más pobres, a los abandonados. Les recuerda que la Pequeña Obra ha nacido justamente para los más humildes.



Desde el Vaporcito "General Artigas" 24 de junio de 1937 en viaje para el Chaco y para Itatí

¡Mis queridos hermanos e hijos en Jesucristo, que se encuentran en Montebello para los Santos Ejercicios Espirituales.

¡Gracia a ustedes y paz del Espíritu Santo!

Como ven, tengo la alegría de escribirles mientras viajo por el Paraná, para saludar, tal vez por última vez en vida a aquellos amados hermanos, Sacerdotes y Clérigos nuestros, que trabajan para difundir y salvaguardar a nuestra santa Fe: son los más lejanos de Buenos Aires, en el centro del Chaco y en Itatí, en los límites de Argentina, frente al Paraguay. Todos ustedes pueden imaginar con cuales sentimientos y con qué corazón yo voy. Hay en mí ánimo un gran amor y un gran dolor a la vez, no lo puedo ocultar; más todo es por el Señor, por las almas y por nuestra Fe- y sabré superarme a mí mismo, con la ayuda de Dios.

Estoy tan contento de poderles escribir, mis amados hijos, en Jesucristo. El tiempo desde el momento en que subí, fue siempre oscuro y lluvioso, antes de ayer, ayer y las dos noches; hoy el cielo se ha aclarado, ahora está el sol, y se comienza a sentir mucho calor, se suda. Aquí en Argentina, el 21 de junio estamos en invierno y en Buenos Aires hacía frío realmente.

Este río que es uno de los más largos que se conocen, es anchísimo y calmo, se puede descansar y se puede trabajar. He descansado, cuando subí estaba tan cansado y rengo que casi no podía caminar;- ahora he recobrado las fuerzas y también la voluntad: Deo gratias! En el Puerto de Rosario encontré a los

“En Ti y solo por Ti...”

nuestros - los de Buenos Aires les habían avisado, sin que yo lo sepa - están bien, me detendré con ellos de regreso, los saludan fraternalmente. Pero sobre este lindo vaporcito se puede también trabajar. He podido celebrar los dos días y espero hacerlo también mañana...

¿Y de qué les escribiré hoy? Escuchen: hoy he releído la carta del Apóstol San Pablo a los Hebreos, lectura que bien puede llamarse la carta de la Fe, pues el Apóstol hace un admirable elogio de la Fe. ¿Y por qué hoy, he deseado releer la carta de San Pablo que trata de la Fe? Porque, si ayer era el aniversario de mi nacimiento, hoy, fiesta de San Juan Bautista, es el bendito día de mi bautismo, por lo que se me dio el nombre de Juan. ¡Con el santo bautismo tuve la verdadera regeneración, que se operó en mí desde Cristo, por misericordia divina, y he recibido el don inestimable de la Fe. Han pasado ya 65 años, y bendigamos al Señor por ello!..

Hijo de la Divina Providencia, significa Hijo de la Fe, mas nunca seremos verdaderos Hijos de la Divina Providencia sin una vida toda de Fe y de confianza en Dios. La lectura de la citada carta me conmueve siempre profundamente. Sígueme, mis amados hijos... ¡Que Jesús nunca tenga que dirigirnos el reproche que dio a los discípulos, atemorizados por la tormenta! Nuestra Fe reposa en El y en Su infinita bondad y misericordia. El es Dios y Padre nuestro; es el Señor, que siempre nos conforta en cada tribulación nuestra; es el Padre, grande

y bueno que nos afana y suscita, que, se abate, consuela y “no turba nunca la paz de sus hijos, sino para procurarles a ellos una más cierta y más grande”...

Las pruebas, los sufrimientos, tomados de la mano de Dios, no harán más que acrecentar nuestra fe, oh hijos míos: ella arderá de nuevo ardor brillará de nueva luz, y será vida y calor espiritual para nosotros, será vida y luz de Cristo para turbas de pobres niños de todo tipo y color, y para multitudes enormes de operarios y de pueblos desviados de Cristo.

Coraje, oh Hijos míos, pues el futuro es de Cristo y de quien vive de fe, de fe operosa en la verdad en la caridad, hasta morir, hasta el holocausto, para la salvación de los hermanos. Coraje y adelante en el espíritu de fe y de fidelidad, de piedad firme, ignota: dilatemos el corazón a la mayor confianza, al más dulce amor de Dios y del prójimo. ¡Qué de la fe surja la vida! El reino de Dios no es en palabras, sino en posesión de fe y de caridad en Cristo...

“

“Esta Obra es tan cara al Señor, que parecería la Obra de Su Corazón; ella vive en el nombre, en el espíritu y en la fe de la Divina Providencia, no a los ricos, mas a los pobres y a los más pobres y al pueblo, me ha mandado el Señor.

A esto nos llama el Señor, oh Hijos míos, nos llama a nosotros de la Divina Providencia; ¿seremos nosotros hombres de poca fe?”

”

“En Ti y solo por Ti...”

Pero, no le pidamos a Jesús que nos libre de las tribulaciones y de las cruces, sería nuestra mayor desdicha, pidámosle hacer solo y siempre Su voluntad, así y como nos será manifestada por la Santa Iglesia, y esto hoy, mañana y siempre, y siempre en perfecta leticia, in Domino!

Si debemos hacerle una plegaria perseverante, solisitámosle Su santo amor y en la caridad nuestra santificación: supliquémosle, si así le agrada llamarnos aparte de sus dolores y arrojarnos en ese mar muy amargo de Su corazón herido y vivo de misericordia y de caridad por nosotros. Y nos de la gracia de sufrir algo para alivio de los dolores del “dulce Cristo en la tierra”, nuestro Santo Padre, y de la Iglesia, tan perseguida.

Y luego, oh Hijos míos, amemos a Jesús por Jesús: amémoslo y sirvámoslo per mysterium Crucis; ya otras veces se los he dicho: a Jesús se lo ama y se lo sirve en la Cruz y crucificados con El, no de otro modo.

Y cuando, por la gracia grande del Señor, por la intercesión de nuestra Madre y celeste Fundadora, María Santísima, nos habremos separado de todos y de nosotros mismos para vivir y morir en holocausto a Cristo, Señor Nuestro, al Papa, a la Iglesia, a las almas, consideremos no haber hecho nada; pues, de verdad, oh Hijos míos, nosotros no somos más que unos pobres pecadores, yo el más grande y miserable de todos, nosotros no somos más que unos siervos inútiles...

Y ahora concluyo, y quiero concluir cantando a la fe. “Bella inmortal, benéfica, fe a los triunfos acostumbra, escribe aun esto”: ese Dios omnipotente que, por la fe, ha extraído de las piedras a los hijos de Abraham, ese Dios grande y bueno que, para difusión de la fe, acostumbra con frecuencia utilizar las cosas débiles para confundir a las fuertes, y lo que no es, para confundir lo que es, para que todos reconozcan que las cosas más admirables son obra no del nombre, sino de Dios. El, el Señor y Padre nuestro, me ha llevado sobre esta tierra lejana, a este río inmenso y lejano, para que testimonie la fe. Sostenido por la gracia del Señor, he evangelizado a los pequeños, a los humildes, al pueblo, he tratado de evangelizar a los pobres, procurando confortarlos con la fe y con el espíritu de cristiana caridad. Confieso que debería haber hecho mucho y mucho más, y solicito por ello perdón al Señor. He evangelizado a los pequeños, a los humildes, al pueblo, al pobre pueblo, que, envenenado por teorías perversas, es arrebatado a Dios y a la Iglesia.

En el nombre de la Divina Providencia, he abierto los brazos y el corazón a sanos y a enfermos, de toda edad, de toda religión, de toda nacionalidad: a todos les hubiese querido dar, con el pan del cuerpo, el bálsamo divino de la fe, más especialmente a nuestros hermanos más doloridos y abandonados. Tantas veces he sentido a Jesucristo cerca de mí, tantas veces lo he como entrevisto a Jesús, en los más a abandonados e infelices.

“En Ti y solo por Ti...”

Esta Obra es tan cara al Señor, que parecería la Obra de Su Corazón; ella vive en el nombre, en el espíritu y en la fe de la Divina Providencia, no a los ricos, mas a los pobres y a los más pobres y al pueblo, me ha mandado el Señor.

A esto nos llama el Señor, oh Hijos míos, nos llama a nosotros de la Divina Providencia; ¿seremos nosotros hombres de poca fe?

Fe grande, fe benéfica, fe inmortal, que vives y creces a los pies de la Iglesia de Jesucristo, que floreces en caridad a la bendición del Papa y de los Obispos, escribe más esto; que las humildes tiendas del Pequeño Cottolengo Argentino no las ha plantado el hombre, sino la mano de Dios. Que si Dios me eligió a mí, es porque no ha encontrado sobre la tierra una criatura más vil que yo, a fin de que refulgiese la fe en su Divina Providencia y ¡a Dios se diese todo honor y gloria! Amen.

(Es casi la una de la mañana: Deo gratias!, no tengo más tinta)

Rueguen por mí todos, saludaré a todos estos amados nuestro por ustedes.

Los consuelo y bendigo tanto en Jesús Crucificado y en la Santa Virgen. Vuestro afectuosísimo

Don Luis Orione de la Divina Providencia

